



El antropólogo Alfredo Delgado banqueando una vasija. Foto: ESMERALDA VENTURA

• Tiempo Libre / General
Coatzacoalcos, un nuevo puerto arqueológico

EL TÚNEL SUMERGIDO DE COATZACOALCOS

El hallazgo se encuentra entre la congregación de Allende y la Laguna de Pajaritos, donde construirán del dique seco del Túnel que unirá al Puerto con la Villa.

COATZACOALCOS VER.
Alfredo Delgado Calderón
12 de Enero del 2008

El pasado 4 de octubre la Compañía Constructora Túnel de Coatzacoalcos suspendió provisionalmente los trabajos de construcción del Dique Seco debido al hallazgo de elementos arqueológicos durante las excavaciones. Esta actitud es poco frecuente en las compañías constructoras. Normalmente cuando se encuentra algún objeto arqueológico o se afecta un sitio prehispánico las compañías tratan de ocultar la información o sobornar al arqueólogo que hace el peritaje para no pagar el rescate y proseguir las obras. Afortunadamente no fue el caso del Túnel Sumergido, pues tanto la Concesionaria como la Compañía Constructora notificaron de inmediato al Centro INAH Veracruz para que determinara lo conducente.

Para evaluar la importancia del hallazgo fui comisionado el día 12 de octubre por el entonces director del Centro INAH, Antropólogo Jacinto Chacha Anteale. La obra se localiza entre la congregación de Allende y la Laguna de Pajaritos, frente a la ciudad de Coatzacoalcos, a la orilla del río. En este lugar se proyecta construir las secciones del túnel sumergido que cruzará el río Coatzacoalcos. La obra del dique seco es impresionante. Mide 451 metros de largo por 262 de ancho y se planea alcanzar los 14 m de profundidad. Para construir el dique se requiere movilizar un millón doscientos mil metros cúbicos de tierra.

La supervisión arqueológica en cuestión se realizó cuando ya se había excavado la primera capa de 4 metros en todo el dique y se estaban rebajando 4 metros más; es decir, casi la mitad del dique tenía unos 8 m de profundidad. La afectación del sitio ya era irreversible, por lo que no había posibilidad de suspender la obra o cambiarla de lugar. Además, tanto la Concesionaria como la Constructora estaban con el tiempo encima para entregar el Túnel Sumergido en los tiempos establecidos, pues de lo contrario se podría cancelar esta importante obra que facilitará la comunicación y el desarrollo regional. Ante los hechos consumados se propuso un rescate arqueológico con el fin de recuperar la mayor cantidad posible de información de este nuevo sitio hasta entonces desconocido para la arqueología.

LA DIVERSIDAD ARQUEOLÓGICA

A pesar de las afectaciones tan graves, ciertas áreas del dique resaltaban por la cantidad y diversidad de material arqueológico expuesto entre la arena removida. Por todos lados eran visibles toneladas de tiestos con una gran variedad de tipos cerámicos, formas, tamaños, decoración, temporalidad y origen. Había cerámica local, de la sierra de Sotepan y de los Tuxtlas; había restos de vasijas mayas, teotihuacanas, totonacas y de la cultura Remojadas. Encontramos tipos cerámicos del preclásico tardío, de todo el periodo clásico y del postclásico temprano. Aunque buscamos tiestos de los periodos de la Conquista y de la Colonia no fue posible encontrarlos pues, como comentamos líneas atrás, los primeros 4 metros de suelo ya habían desaparecido.

A la riqueza cerámica se sumaba la diversidad de materiales arqueológicos. Entre la arena removida había toneladas de conchas marinas, de almeja y de ostión; huesos de grandes pescados y de manatí; miles de contrapesos de redes de pescar; grandes cantidades de chapopote arqueológico; figurillas de barro; restos de molienda; artefactos de obsidiana y lascas de piedra verde, probablemente serpentinita.

En suma, nos encontrábamos ante lo que probablemente fue un floreciente y activo puerto costero que funcionó durante varios cientos de años. La primera hipótesis en que pensamos fue que este puerto debió funcionar como un centro de enlace entre la gran Ciudad Estado de Teotihuacan y el imperio maya. Pero varias preguntas nos inquietaban. ¿A que cultura pertenecieron sus habitantes? ¿Fue una comunidad multiétnica? ¿Tuvo una ocupación continua desde al preclásico tardío hasta el postclásico temprano (entre el 200 a.C. y el 1,200 d.C.), o fue ocupada por periodos intermitentes? ¿Fue el principal puerto costero de esta zona del Golfo o hubo otros más que sirvieran como escalas en el comercio prehispánico entre la Península y el Altiplano?

Aunque las expectativas de una investigación arqueológica eran altas, surgían muchas dudas ¿Qué tanto del sitio aún se encontraba sin alterar? ¿Encontraríamos elementos in situ? ¿Lograríamos completar alguna columna estratigráfica que nos permitiera un fechamiento arqueológico completo del sitio? La opinión de varios ingenieros y personas originarias de Allende también generaba incertidumbre, pues afirmaban que la parte donde se construía el dique fue rellenada años atrás con material procedente del dragado del río. Todas esas dudas sólo serían contestadas total o parcialmente a través de excavaciones arqueológicas controladas.

Para complicar la situación, la imaginación popular desbordada hacía correr la versión de que se habían encontrado 500 monedas de oro y se rumoraba que a la orilla del médano un maquinista había encontrado un fabuloso tesoro. Finalmente estos cuentos fantásticos sólo fueron sueños de opio, de esos que parodiaba Chava Flores en sus canciones.

La investigación

Luego de firmado el convenio respectivo con el INAH, los ingenieros Rubén Sánchez Campodónico y Javier Pérez Antares proporcionaron todos los recursos y apoyos para que un equipo de arqueólogos iniciara las excavaciones en algunas áreas del dique seco.

Los trabajos en campo iniciaron el 22 de octubre de 2007. La prioridad fue ubicar áreas donde aún hubiera material arqueológico in situ y determinar la extensión del material de dragado depositado en la zona. Afortunadamente ambas metas se lograron. A pesar de faltar los primeros 4 metros de suelo, localizamos 4 áreas con material arqueológico no removido que abarcaba cerca de un 30 % del dique y cuya profundidad restante variaba entre uno y tres metros. También se logró definir que por lo menos una franja de 50 metros, cercana a la actual orilla del río, forma parte de un relleno antiguo depositado por la draga. En esa capa, claramente distinta del resto de las capas geológicas del sitio, abunda tanto el material arqueológico como contemporáneo. Luego de realizar algunos sondeos en esta zona preferimos concentrarnos en las áreas con material in situ.

Los pozos se fueron excavando de manera sistemática a fin de ir liberando determinadas zonas necesarias para que la maquinaria pudiera ir avanzando en la construcción del dique. En tres zonas (A, C y D) se hicieron pozos de sondeo de 2 por 2 metros, los cuales se podían ampliar de acuerdo a los elementos y al contexto encontrado. Las excavaciones se hicieron por niveles de 10 centímetros hasta encontrar las capas arqueológicamente estériles. En la última sección (E), cercana al médano que circunda la obra, hicimos excavaciones extensivas, en virtud de la cantidad de elementos que encontramos.

Debido a las lluvias intensas de la temporada y a la alta humedad del lugar, en principio fue difícil definir las capas estratigráficas, por lo que sólo llevamos el control por niveles. La mayor parte de los pozos se hicieron sobre distintas capas de arena de diferente compactación y color, a veces revuelta con arcilla y a veces pura, mismas que sólo pudieron definirse hasta que la humedad descendió. Un zona bien delimitada correspondió a una laguna de manglar, cuyo fondo estaba formado por una capa de arcilla chiclosa oscura, cuya área central careció de materiales arqueológicos. Cuando los pozos rebasaban una profundidad de 1.20 m se hacían ampliaciones a los lados para evitar derrumbes. No obstante, normalmente las lluvias nocturnas colapsaban las paredes de los pozos, viéndonos obligados a perder varias horas para limpiar la excavación al día siguiente.

Aunque los trabajos los iniciamos con un equipo de dos arqueólogos, nos vimos precisados a aumentar hasta llegar a nueve. Estuvieron brevemente, por cuestiones de trabajo, los arqueólogos Lourdes Hernández, José Luis Reyes y Adrián Salinas. El equipo que realizó la mayoría de excavaciones fue formado por Rodolfo Parra, Paulina Arellano, Alfredo Santana, Anaí López, Andrés López de Nava, Luz del Carmen Gutiérrez, Saraí Barreiro, Ananta Mazadiego y Alfredo Delgado. Cabe mencionar que en todo momento recibimos el apoyo de los ingenieros Luis Javier González, Sergio Ramírez y José Martínez, de COTUCO y CTC, para desarrollar este rescate arqueológico.

Resultados preliminares

El 22 de diciembre de 2007 concluyeron las excavaciones en el Dique Seco. Se realizaron varias decenas de pozos y se obtuvieron varias toneladas de tepalcates que esperan su análisis. Hay decenas de figurillas zoomorfas y antropomorfas, algunas completas y otras rotas. También se encontraron varias vasijas completas y semicompletas que esperan ser restauradas. Tenemos una amplia muestra de carbón y

materia orgánica para fechamiento por carbono 14. También contamos con muestras para análisis químicos, de polen y flotación. Hay huesos de diferentes animales y restos vegetales aún por identificar. Tenemos también una amplia muestra de artefactos líticos y excavamos una serie de elementos sumamente interesantes. Para desencanto de muchos, no encontramos una sola moneda de oro, y sólo hubo algunos tiestos coloniales en superficie.

A reserva de los resultados del análisis, las excavaciones parecen confirmar que se trata de un activo puerto costero que funcionó ininterrumpidamente durante unos 1,400 años, por lo menos, ya que carecemos de datos correspondientes al periodo que va del 1,200 d.C. a la Conquista, por haber sido removidos los primeros cuatro metros de superficie. La pérdida de la información sobre los últimos tres siglos del sitio es irreversible, pues además el lugar mostraba alteraciones anteriores a la construcción del dique seco, ya que en ese lugar se asentó hace algunas décadas un caserío y luego se construyeron algunas instalaciones industriales que implicaron rebajar partes altas y rellenar hondonadas.

Planteamos una ocupación ininterrumpida del sitio por ser evidentes procesos de largo plazo presentes en todos los niveles excavados, pero será el análisis cerámico el que confirme o deseche esta hipótesis. Nos inquieta particularmente que en los niveles más profundos aparezcan revueltos tiestos del formativo tardío, algunos típicamente olmecas, y del clásico temprano o medio. Eso podría implicar simplemente que hubo periodos de intensas lluvias y vientos que revolvieron estas capas, pero también podría suceder que estemos ante un periodo de transición de los últimos olmecas que se están transformando en otro tipo de sociedad. Si es correcta la posición de algunos lingüistas, que postulan que los grupos zoque, mixe y popolucas descienden de los olmecas (Morales, 1971), entonces posiblemente estaríamos documentando esa transformación. De ser así, quizá estaríamos en posición de definir arqueológicamente a los popolucas, el grupo indígena más representativo de la región, de cuyo pasado prehispánico ignoramos todo.

Pescadores de agua dulce y alta mar

Del material recuperado destacan los cientos de contrapesos para redes encontrados en superficie y en las excavaciones, que cumplieron la función de las actuales plomadas de pesca. Los hay de piedra y barro, de varios tamaños y formas. Los de piedra normalmente son ovalados, planos, muesqueados por ambos lados de la parte media, formando una especie de 8 y su tamaño varía entre 3 y 15 cm. Por su forma plana debieron servir para ser redes de arrastre, y su variedad de tamaños necesariamente implica diversos tipos de redes, desde atarrayas a redes de pesca en mar abierto.

Otro tipo de contrapesos fue manufacturado en barro cocido y tienen la forma de un octaedro con aristas redondeadas. Llevan dos acanaladuras que los circundan a lo largo y a lo ancho. Su tamaño varía entre los 5 y los 10 cm. Por su forma debieron servir para sumergirse verticalmente, por lo que planteamos su uso en la pesca de jaiba y camarón. Un tercer tipo de estos artefactos también está elaborado en barro; se trata de unas pequeñas semiesferas de 2 a 3 cm con una acanaladura en la parte central. Estos pequeños objetos parecen haber servido como plomadas de atarrayas.

En algunos de los pozos fue frecuente encontrar conchas de ostión, almeja y distintas

conchas de mar. Hay también huesos de grandes peces, restos de concha de tortuga y costillas de manatí, lo que implica una explotación intensa y efectiva de los recursos fluviales, lacustres y marinos.

También encontramos una buena cantidad de malacates, lo que implicaría que en el sitio mismo se elaboraba hilo de algodón, pero ignoramos si era utilizado en la confección de redes o en lienzos para ropa, aunque es probable que el hilo tuviera ambas funciones. Al estar rodeado por pantanos, médanos y áreas inundables, lo más seguro es que los habitantes de este puerto hayan obtenido el algodón de las comunidades circunvecinas.

Los primeros petroleros

Del material revisado hasta ahora destaca el hecho de que en todos los niveles se encontraron vasijas y tepalcates conteniendo chapopote, el cual fue preparado en diferentes formas, a veces puro, a veces revuelto con materia orgánica y otras veces mezclado con arena. Es decir, la explotación de yacimientos de chapopote y su intercambio en este puerto se dio de manera ininterrumpida por un largo periodo de tiempo, de unos 1,400 años. Falta determinar si fueron una o varias las fuentes de esta materia prima, así como los lugares con los cuales se comerciaba y los usos a los que se destinaba (Wendt, 2007).

Al menos localmente pudimos encontrar dos usos importantes. Varias vasijas fueron restauradas y pegadas desde tiempos prehispánicos usando chapopote como pegamento, pero quizá lo más espectacular fue la confirmación de que el chapopote se usaba para calafatear o impermeabilizar los cayucos o canoas. Este uso está documentado etnográficamente, pues en la actualidad todavía se usa el chapopote para tapan desperfectos y darle mayor duración a las lanchas y canoas de madera, por lo que se había supuesto el mismo uso en tiempos prehispánicos (Wendt, 2007). Para sorpresa nuestra, en uno de los pozos empezaron a surgir dos líneas paralelas de chapopote que al ser excavadas formaban una especie de canal de unos 75 cm de ancho. En un principio pensamos que se trataba de un acueducto revestido de chapopote, pero al limpiar uno de los extremos nos dimos cuenta de que era el molde de un cayuco de 5.10 m de largo. Con el paso del tiempo la madera desapareció, pero la impronta formada por el chapopote que se usó para impermeabilizarlo aún se conservaba. Al ampliar la excavación encontramos la impronta en chapopote de otro cayuco, aún más grande, pues rebasaba los 7 m de longitud. Sobre uno de los cayucos había un depósito de tepalcates fechable en el clásico medio, lo cual implica que los cayucos eran contemporáneos o anteriores y tienen una antigüedad de al menos mil quinientos años.

Este hallazgo nos planteó una situación inédita. Es la primera vez que en la costa del Golfo se encuentra este tipo de elementos arqueológicos y no sabíamos cómo levantarlos sin dañarlos. Sacarlos completos era imposible, pues estaban sobre arena y no podíamos levantar los cayucos en un solo bloque sin riesgo de que se desintegraran. Con la asesoría de varios especialistas y con el apoyo de la restauradora Gabriela Vargas optamos por cubrir los cayucos con vendas enyesadas y seccionarlos para sacarlos por partes. Cada bloque fue numerado, embalado y protegido con hule espuma para ser guardado en cajas de madera. El corte de cada sección fue difícil, pues no teníamos herramientas lo suficientemente finas para cortar y dañar lo menos posible. La mejor solución, propuesta por uno de los trabajadores de Allende, fue cortar mediante presión y fricción con un chicote de freno de bicicleta. Armar y pegar los fragmentos de

ambos cayucos otra vez será otro trabajo arduo y difícil, pero esperamos que se haga y que ambos cayucos se logren exhibir en algún museo.

En las excavaciones encontramos mucha tierra quemada y algunas áreas donde se preparaba el chapopote. Uno de los elementos excavados es un piso quemado de entre 10 y 30 cm de espesor que muestra entre sus escombros placas de chapopote vertido accidentalmente, fragmentos de ollas con restos de chapopote y gran cantidad de carbón, restos de palma y carrizo carbonizados y tepalcates sobre cocidos. La temperatura en algunas partes alcanzó tales niveles que incluso una navaja de obsidiana se dobló y parte de la arena se derritió, alcanzando cierto vidriado que adquirió un tono verdoso. Ese mismo vidriado lo encontramos en otros pozos. En un principio lo atribuimos a los procesos industriales que se desarrollaron recientemente en la zona, pero al encontrarlo in situ en varios pozos nos plantea otro problema, pues implica que la cocción de chapopote o de otras materias primas alcanzó entre 1,000 y 1,200 grados centígrados, algo que parece muy difícil de lograr en hornos a cielo abierto. Además, se supone que la cocción de la cerámica prehispánica difícilmente rebasaba los 700 grados de temperatura. Lo cierto es que la evidencia de que disponemos es contundente. Falta entender cómo es que se pudo alcanzar esos niveles de calor.

Almagre y hematina

Otras de las materias primas regionales muy usadas en el sitio fueron el almagre y la hematita. Ambas son arcillas y minerales de un color rojo intenso que sirvieron para pintar. Fueron muy usadas para decorar ciertos tipos cerámicos y como componentes de ofrendas mortuorias. En el caso concreto del sitio que tratamos, localizamos en muchos niveles concentraciones de ambas materias, a veces solas, a veces contenidas en vasijas y en ocasiones formando pisos de casas. Su presencia generalizada sugiere que no sólo tuvo un uso local, sino que también fue objeto de comercio.

Tanto el almagre como la hematita fueron muy utilizados entre los olmecas y en las culturas posteriores (Coe y Diehl, 1980; Ortiz y Rodríguez, 1997; Cyphers, 1995; Soustelle, 1984). Hasta ahora habíamos documentado su presencia en los alrededores del pueblo de Almagres, municipio de Sayula, pero un recorrido por la costa nos confirmó que el pueblo de El Colorado, en el municipio de Coatzacoalcos, también cuenta con yacimientos de esta materia prima (de ahí su nombre).

Comercio de larga distancia

Otra materia prima que llama la atención por su abundancia en todos los niveles de las excavaciones es la piedra verde. Encontramos varios bloques de piedra verde de diferentes calidades, aparentemente serpentina y, tal vez, jade. Los bloques miden unos 20 por 15 cm y son semejantes a ladrillos. Todos ellos están trabajados en forma rectangular. Encontramos piezas completas, fragmentos, lascas y cortex. Sin embargo no encontramos los artefactos que se elaboraron con estas piedras. Sólo tenemos 4 cuentas de collar con horadación bicónica, elaboradas en este material, una muestra muy pobre para la cantidad de materia prima localizada. Estos bloques son muy parecidos a los bloques de serpentina de La Venta con los que se elaboraron los mascarones de jaguar enterrados como ofrenda en aquel sitio (Soustelle, 1984; González, 2007). Sin embargo, la cronología de ambos sitios no corresponde, pues el sitio del Dique Seco fue más tardío que La Venta.

Estos bloques de piedra verde procedían de las montañas de Oaxaca, aunque falta precisar si todos son de serpentina o también hay bloques de jade, lo cual diversificaría las fuentes de procedencia. Su análisis aún está pendiente. El problema que se nos plantea es que parece haber una continuidad en la materia prima y las técnicas de tallado de La Venta y el sitio estudiado. La presencia de cortex, la parte superficial de las rocas, sugiere que aquí se preparaban los bloques a partir de las piedras traídas desde Oaxaca. Pero la gran similitud entre los bloques de serpentina de La Venta y los del Dique Seco abre la posibilidad de que se estuviera expoliando y reutilizando alguna antigua ofrenda olmeca.

Respecto a la obsidiana, encontramos diferentes tipos de artefactos manufacturados con este vidrio volcánico. Hay obsidiana negra, translúcida, gris vetada y verde, en consecuencia provienen de diferentes fuentes, especialmente del Pico de Orizaba y Pachuca. Encontramos navajas, buriles, puntas de proyectil, núcleos y lascas que esperamos analizar en breve.

Jugar y tocar

Muchas de las figurillas localizadas son silbatos y ocarinas, y abundan una especie de flautas y trompetas elaboradas en barro cocido. Las figurillas fueron hechas tanto usando moldes como por modelado. Hay figuras que representan varios tipos de aves y herbívoros, aunque también hay figuras humanas, varias de las cuales representan difuntos.

También encontramos gran cantidad de tejos circulares de diferentes tamaños, algunos hechos ex profeso y otros elaborados a partir de tepalcates. Estos tejos se usaban para jugar las diferentes versiones del patolli, uno de los juegos prehispánicos que aún perduran en algunas regiones indígenas de México.

Igualmente, hay una gran cantidad de fragmentos de figurillas con los miembros articulados, y pequeños juguetes con ruedas, similares a los de la cultura Remojadas, del centro del estado de Veracruz.

Dioses y ofrendas

No encontramos ninguna representación de alguna deidad prehispánica reconocible. Hay algunos tiestos y figurillas que muestran el símbolo del caracol cortado, representación abstracta de Quetzalcóatl, pero pareciera que en estos casos sólo fue un simple motivo decorativo, no la representación intencional de la deidad. Tampoco encontramos ofrendas masivas o evidencias de un culto arraigado y permanente. La única ofrenda identificable como tal consistió en tres grandes vasijas de entre 40 y 60 cm de altura por unos 50 cm de diámetro. Estas vasijas completas estaban alineadas en un eje E-W, con una ligera desviación al norte. Entre ellas encontramos una especie de bandeja o batea de madera de 50 cm de diámetro por 12 cm de profundidad. Todos estos elementos se sacaron en bloque, por lo que no sabemos si se trata de entierros o fue una ofrenda de semillas, comida u otros objetos.

Otra posible ofrenda consistió en cuatro cajetes trípodes completos, fueron localizadas después de una intensa lluvia en un corte que hicieron previamente las máquinas y una

ya se había desprendido del perfil. No había huellas de intrusión, por lo que no sabemos si fueron sepultadas como ofrenda o son parte de algún basurero prehispánico.

Un nuevo puerto

Para terminar, podemos concluir que el sitio afectado por el Dique Seco se viene a sumar a la serie de sitios costeros aún por estudiar. Zonas arqueológicas como Tonalá, Loloma, El Volador, Piedra Labrada, Zapoapan, Perla del Golfo, Arrecifes y Toro Prieto (Delgado, 2000) debieron funcionar como puertos marinos que tuvieron una comunicación continua durante varios siglos. Tanto Tonalá como Loloma y el sitio de Coatzacoalcos debieron cumplir la doble función de ser puertos marinos y fluviales. Esta dinámica costera en el sur de Veracruz merece un estudio regional que determine las redes de intercambio, los productos comerciados, la cronología y otros aspectos esenciales.

A diferencia de los sitios mencionados, este sitio no cuenta con arquitectura. No hay pirámides, plazas o juegos de pelota. Con seguridad tuvieron casas con techos de palma y paredes de bajareque (barro quemado revuelto con pasto y estructura de carrizo) ya que encontramos restos de tal material dispersos por todo el sitio. Parece que se establecieron en barrios, pues encontramos al menos dos partes diferenciadas con materiales arqueológicos distintos. Una parte, la más cercana al río, parece ser el área comercial o de intercambio, mientras que las orillas de la antigua laguna tuvieron pisos rojos de almagre, restos de talleres para el tratamiento del chapopote, quizá talleres de cerámica, lascas de serpentina y muchos contrapesos de redes. Por ello pensamos que allí se asentaron los pescadores y los artesanos. En casi todos los casos es evidente el uso de los artefactos al máximo y la reutilización de los objetos desechados, como morteros, metates, percutores, hachas, etc.

¿Qué nombre le pondremos...?

El sitio se encuentra en el municipio de Coatzacoalcos, en la congregación de Allende, y perteneció al ejido Gavilán de Allende, aunque hoy se encuentra en terrenos de PEMEX. Fue conocido también como El Cocal y luego como Casco Viejo. Dado la cantidad y diversidad de material arqueológico presente nos planteamos si no estuvo aquí la cabecera original del antiguo señorío de Coatzacoalco.

Supuestamente tal lugar se encontraba cerca del puente Coatzacoalcos II, en Paso Nuevo, donde presuntamente estuvo el viejo Coatzacoalco que se transformó en la Villa del Espíritu Santo. El arqueólogo Ramón Arellanos (2001), de la Universidad Veracruzana, exploró y excavó esos terrenos, pero los materiales obtenidos son pobres y no reflejan el supuesto poderío del viejo señorío de Coatzacoalco que se opuso al avance de los conquistadores aztecas.

Otra posibilidad es que, al inicio del postclásico, el puerto se haya movido tierra adentro a partir del actual Dique Seco, pues durante esta época la mayoría de sitios grandes desaparecen y se reubican en lugares altos, formando poblados más pequeños. Esto sucede por que fue una época de grandes disturbios, guerras y conquista. De haber sido así, es probable que el puerto se hubiera alejado todo lo posible de la costa, río arriba.

Pero también puede ser que aquí, en donde hoy es el Dique Seco, se haya asentado no sólo el viejo Coatzacoalco, cabecera del señorío homónimo, sino también la Villa del Espíritu Santo. Recordemos que en 1587 se planeó mover la Villa una legua río arriba, en tierras de la estancia de Juan de Coronado, en un lugar alto y sano, con abundantes bastimentos, monte, agua y pastos, donde podrían llegar las barcas cómodamente, pues el lugar del asentamiento original era insalubre, y sus habitantes lo estaban abandonando poco a poco. No sabemos si efectivamente el cambio se llevó a cabo, pues en el documento consultado se pide información jurada del vicario y vecinos para proceder a la mudanza (AGN, General de parte, III, fol. 38). Lo más probable es que el pueblo y cabecera de la entonces alcaldía mayor de Guazacoalcos se mudara desde las cercanías de Allende al lugar que hoy lleva el nombre de Paso Nuevo, donde la tradición oral ubica a la antigua Villa del Espíritu Santo, a la altura del actual Puente Coatzacoalcos II. No obstante, poco a poco el nuevo lugar también fue abandonado y la cabecera de la alcaldía mayor pasó a Acayucan. Quizá por ello las excavaciones del arqueólogo Arellanos aportaron pocos datos. Esto sólo podríamos comprobarlo con una revisión exhaustiva de documentos en el Archivo General de la Nación y el Archivo de Indias de Sevilla.

¿Cómo nombramos, entonces, al sitio? Dique Seco es un nombre temporal, pues el dique es una instalación que desaparecerá una vez cumplido su cometido. En sentido estricto, el sitio tampoco está en Allende, pues aunque está en tierras de esta congregación no pertenece a su núcleo poblacional. Tampoco son terrenos ejidales, al haber sido comprados o expropiados por PEMEX al ejido Gavilán de Allende. Casco Viejo y El Cocal también fueron nombres temporales que desaparecieron al ser reubicado el caserío que allí se encontraba y al derribarse las palmeras de coco que poblaban su espacio. Aunque está en el municipio de Coatzacoalcos, tal nombre, como lugar, corresponde a la actual ciudad. De hecho, con la construcción del dique el sitio arqueológico prácticamente desapareció y sólo conservamos las evidencias de su riqueza y profundidad temporal.

Pero, ¿y si aquí estuvo el Coatzacoalco original, la cabecera del aguerrido señorío que combatió la expansión tenochca? ¿Y si aquí se fundó inicialmente la Villa del Espíritu Santo, aquella que poblara el conquistador Gonzalo de Sandoval con la "flor de los caballeros" españoles y de cuyo cabildo formara parte el soldado cronista Bernal Díaz del Castillo? Este sería entonces el viejo poblado de Coatzacoalco, el del cacique Tochintecutli, el pueblo antiguo y original (Díaz del Castillo, 1980). Creo que si comprobamos que así fue, aunque el sitio arqueológico ya no exista, una vez concluido el dique, el lugar merecería una placa al menos y, ¿por qué no?, un museo de sitio donde se exhiban dignamente los materiales arqueológicos recuperados.

Fuentes citadas

Archivo General de la Nación, Ramo General de Parte.

Arellanos, Ramón, y Lourdes Beauregard
2001 La Villa del Espíritu Santo y sus materiales culturales. Ediciones Cultura de Veracruz, Xalapa, Ver.

Coe, Michael y Richard A. Diehl
1980 In the Land of The Olmec. Archaeology of San Lorenzo Tenochtitlan. Vol. I,

University of Texas Press. Austin.

Cyphers, Ann.

1995 Descifrando los misterios de la cultura olmeca. Una exposición museográfica de los resultados del Proyecto Arqueológico San Lorenzo Tenochtitlan 1990-1994. IIA-UNAM, México.

Delgado, Alfredo

2000 Etnohistoria del Sur de Veracruz. Mecanoescrito.

Díaz del Castillo, Bernal

1980 Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.
Porrúa, "Sepan cuantos..." No. 5, México.

González Lauck, Rebeca.

2007 "El Complejo A. La Venta, Tabasco". En Arqueología Mexicana no. 87. INAH, México.

Morales Fernández, Jesús

1971 El popoluca de Veracruz.

Tesis profesional, Escuela de Antropología, UV, Xalapa, Ver.

Ortíz Ceballos, Ponciano, Carmen Rodríguez y Paul Schmidt.

1988 "El Proyecto Manatí, temporada 1988. Informe preliminar". En Arqueología Núm. 3, pp. 141-154, Dirección de Arqueología, INAH, México.

Ortíz Ceballos, Ponciano; Carmen Rodríguez y Alfredo Delgado.

1997 Las investigaciones arqueológicas en el cerro sagrado El Manatí. Xalapa, Universidad Veracruzana.

Soustelle, Jacques.

1984 Los Olmecas. FCE, México.

Wendt, Carl J.

2007 "Los olmecas, los primeros petroleros". En Arqueología Mexicana No. 87. INAH, México